

A veces nuestra percepción acerca del tamaño de las cosas está condicionada a la limitada comprensión de nuestro entorno, abstracción que puede variar a lo largo de nuestra vida. Ocho kilómetros cuadrados de extensión, ochocientas hectáreas de superficie, ocho millones de metros cuadrados de bosque cuya mera presencia atemporal entronca esta singular historia de naturaleza, de culturas y de vida, entrelazando una experiencia vital con la madre tierra más allá de las barreras físicas e ideológicas que el ser humano se autoimpone sin comprender siquiera su sentido.

Al norte de la ciudad de *Melilla*, en el paralelo  $35^{\circ}19'$  de latitud Norte y  $2^{\circ}58'$  al Oeste del meridiano de *Greenwich*, en la parte oriental de la península de *Tres Forcas* se encuentra el pequeño *Bosque de Trifa* con un rango de altitud comprendido entre los diez y trescientos metros sobre el nivel del mar y cuya práctica totalidad, más del noventa por ciento de su superficie, queda circunscrita en territorio marroquí y encuadrada en la comuna rural de *Beni Chikar*, provincia de *Nador*.

Con unos ciento cuarenta kilómetros cuadrados de extensión, tomando como base triangular la línea que une el punto fronterizo de *Melilla-Beni Ensar* con la antigua ciudad de *Cazaza*, la pequeña península de origen volcánico y abrupta orografía se adentra en el mar unos veinte kilómetros formando un destacable accidente geográfico en el norte de *Marruecos*. *Trois Fourches*, conocida por los lugareños como *Tres Forcas* y cuya traducción literal del francés vendría a significar algo así como “Tres Horquillas” por su morfología asemejada a un tenedor de tres puntas en el extremo norte de la península, debe su toponimia al cabo del mismo nombre, *Ras Guork* para los rifeños, pobladores originarios de esta región y descendientes de la estirpe de *Cam*, hijo de *Noé* según las escrituras bíblicas.

Con su altiva mirada hacia levante, el *Bosque de Trifa* es para mí un lugar mágico testigo de miles de historias que quedarán atrapadas por siempre entre sus árboles, y este breve relato retrospectivo fruto del recuerdo y la experiencia solo pretende descubrir una ínfima parte de esa vasta crónica escondida bajo sus sombras. Es esta una historia que habla de la profunda conexión entre tierra y hombre y de lazos de sangre entre falsas razas inventadas por el propio ser humano cegado por mitos de gloria y poder.

Investigando acerca de la génesis de este bosque de pino carrasco y de marcado y definido contorno se puede descubrir el entramado perfectamente rectilíneo de cuadrículas, observable solo desde la perspectiva aérea, que infieren en efecto una reforestación parcelada del terreno seguramente fruto del *Plan General de Repoblación Forestal de España de 1939* que también alcanzó al protectorado español y cuya acción se extendió durante más de cincuenta años. Por ello no existen referencias históricas de principios del siglo pasado ni en documentos aun más antiguos

acerca de la existencia de este pequeño bosque mediterráneo al que solo la idealización de un niño puede otorgar dimensiones colosales, pudiendo aproximar su origen antropogénico entre mil novecientos cuarenta y mil novecientos cincuenta y seis, año en el que finaliza el período del protectorado. Sin embargo, curiosamente algunas publicaciones científicas de comienzos del siglo XX sí aluden a los restos de grandes pinares que al parecer cubrieron la península de *Tres Forcas* en tiempos ya muy remotos, probablemente prehistóricos, tal y como demuestra el hallazgo de polen de pino fosilizado cuya antigüedad asciende a unos siete mil años.

Y es que, a pesar de su casi insignificante tamaño, este pequeño pulmón verde fruto de la repoblación llevada a cabo por *España* en el siglo pasado para evitar la erosión de la meseta de *Beni Chikar*, constituye no en vano la mayor masa forestal de la península de *Tres Forcas*. Tan diminuto y tan desmesurado, tan próximo y tan distante, el *Bosque de Trifa* luce como una valiosa esmeralda y fue un día el sueño real que los libros de zoología y la televisión de la época se encargaron de forjar en mi mente, un lugar plagado de secretos y animales extraordinarios donde cabían las aventuras más trepidantes que la imaginación de un niño puede llegar a construir.

Pero su peculiaridad no acaba aquí. Tras el período del protectorado español, con motivo de la división territorial y la recuperación de sus tierras por parte de *Marruecos*, una pequeña porción del extremo suroriental del bosque es seccionado por la línea fronteriza entre *España* y *Marruecos*. De unos dos kilómetros de largo y treinta o cuarenta metros de ancho antes del reforzamiento perimetral de *Melilla* que tuvo lugar ya en el siglo XXI, esta línea de división territorial que supuso a su vez un efectivo cortafuego no intencionado, acabó desgajando un pequeño trozo del bosque que, transformado en territorio español en área de descanso, dio lugar a los *Pinares de Rostrogordo*.

Con una superficie de apenas treinta hectáreas, esta pequeña porción del *Bosque de Trifa* seccionada por la línea fronteriza hispano-marroquí se encuentra enclavada en la *meseta de Rostrogordo*, a unos 130 metros de altitud y localizada al norte del término de *Melilla*, rodeada por zonas despobladas, acuartelamientos y terrenos militares. Lo cierto es que, lejos del ruido del tráfico y de las construcciones urbanas, los *Pinares de Rostrogordo* se elevan lo suficiente como para transmitirnos una fuerte sensación de paz y a la vez dominante sobre la pequeña ciudad española.

La primera vez que visualicé la península de *Tres Forcas* desde *Google Earth* tuve la sensación de ir mirando por la ventanilla de un avión. Abstraído en la pantalla, rápidamente afloraron de mi recuerdo aquellos fantásticos viajes durante mi infancia en los ruidosos aviones de hélice de la línea aérea que conectaba *Melilla-Málaga* y en los que sobrevolábamos la península a vista de pájaro a altitudes tan bajas como para apreciar incluso las casas de las aldeas y las copas de los árboles. Con esta nueva perspectiva cenital que me reconectó con mi infancia, descubrí de inmediato esa

esmeralda en medio de aquel áspero y rojizo terreno, quedé absorto, ahí estaba en toda su magnitud el *Bosque de Trifa* y su pequeño hermano, los *Pinares de Rostrogordo*. Y pese a no disponer de pruebas documentales que lo certifiquen, la historia de esta joya ecológica podría llegar a ser aún más alucinante si es cierto que, fruto de la capacidad natural de colonización del *pinus halepensis*, una nueva masa forestal de esta especie de aproximadamente kilómetro y medio cuadrado y de origen natural ha surgido al oeste de la población de *Taourirt*, entre los cien y doscientos metros de altitud, como un vástago emancipado del “pequeño gran bosque” que torna su mirada hacia poniente.

Podríamos decir que la visión aérea ha acabado ayudándome a alcanzar una comprensión mucho más precisa de aquel bosque que tantas veces me hechizó en mi infancia y también en mi juventud. Además, ante la acusante ausencia informativa al respecto de esta perla verde he sentido una necesidad incontrolable de relatar y documentar, al menos, una minúscula parte de esa historia oculta que suele impregnar a todos los lugares y pueblos fronterizos y hoy, tras varias décadas sin percibir su intenso olor a pino y savia y perviviendo su imagen solo en mi recuerdo y en la pantalla de mi ordenador, creo que *Trifa* ha despertado en mí emociones que solo la conexión vital más profunda con la tierra y la naturaleza es capaz de reavivar.

También puedo asegurar que la tecnología satelital me ha permitido completar una imagen mucho más rica de la distribución geográfica de esta región, contribuyendo a conseguir cierto orden espacial acerca de lugares de *Marruecos* que un día visité pero que permanecían de algún modo inconexos en recónditos lugares de mi memoria. Históricos enclaves de los que pude disfrutar de niño, a veces con mi familia, otras con la de algún amigo, como el imponente estuario del río *Mouluya*, las salvajes playas de *Kariat Arkmane* en la manga de *Aljazeera*, la encantada *Gruta del Camello* o las ruinas de la mágica ciudad perdida de *Cazaza*, conocida en la antigüedad por los navegantes venecianos como *Alcudia* y situada en la costa occidental de la península de *Tres Forcas*, justo en el lado opuesto a la ciudad de *Melilla*, y como no, la silueta grabada a fuego en mi memoria del mítico monte *Gurugú*, convertido hoy en el frío e invisible hogar donde miles de almas desgarradas por el expolio humano viven y mueren ocultas entre las copas de los árboles y la sombra de la vergüenza.

Pero volvamos de nuevo al *Bosque de Trifa*, auténtico protagonista de nuestra historia. Parece ser que en todo el *Reino de Marruecos* solo encontramos la toponimia de *Trifa* en una pequeña localidad situada a unos sesenta kilómetros al oeste de *Melilla* en dirección a *Alhucemas* y también en la *planicie de Trifa*, ya en la provincia de *Oujda* y limitando con *Argelia*. En el caso de nuestro bosque la toponimia parece responder al carácter fronterizo del mismo, no en vano, el término *Trifa* en árabe significa lindante, fronterizo.

Aunque recuerdo fielmente como desde la pinada de *Rostrogordo*, en cualquier punto del vallado de la zona neutra el bosque podía apreciarse como realmente próximo, a unos escasos treinta ó cuarenta metros, lo cierto es que el acceso al *Bosque de Trifa* por carretera resultaba ya bastante complicado desde *Melilla* y quizá esta circunstancia haya ayudado a mantenerlo a salvo de la presión del hombre y de proyectos que podrían haber mermado su esencia salvaje. Hoy día, al igual que hace cuarenta años, para acceder al bosque tan solo disponemos de la vía *P6209*, la vieja carretera del faro con apenas cinco metros de ancho y construida a principios del siglo pasado. Esta carretera provincial que podemos tomar desde la entrada a *Marruecos* por el paso fronterizo de *Farkhana* es la vía que discurre junto al *Bosque de Trifa* de forma longitudinal por la cara oeste del mismo, llegando a atravesar el núcleo de esta masa forestal y conectando con otras carreteras y caminos locales de aldeas y poblados del partido administrativo de *Beni Chikar*, que junto al de *Farkhana* y *Melilla* ocupan la práctica totalidad de la península de *Tres Forcas*. La *P6209* es la misma carretera que atraviesa por su cima el macizo del *Gurugú* procedente de *Laallatan*, al oeste de *Segangane*, y que serpentea tortuosamente el vivo y áspero relieve de la península buscando el mar en el límite norte de la tierra del *Cabo Tres Forcas*, justo hasta el edificio del faro donde la carretera muere rindiéndose entregada a la inmensidad del *Mar de Alborán*.

Aún hoy recuerdo vivamente cuando, siendo un niño, durante la década de los setenta visitaba los pinares de *Rostrogordo* acompañado de mi familia o con motivo de alguna excursión escolar. La experiencia siempre se convertía en un viaje trepidante a un lugar casi salvaje e idealizado por la lectura y la infinita imaginación de un crío profundamente enamorado de los animales y la naturaleza. En esa época, también la televisión había esculpido ya en nuestro imaginario lugares fantásticos a través de series como “*El bosque de Tallac*”, “*El bosque de Brendon*”, “*El hombre y la Tierra*”, que enalteciendo a estos enclaves salvajes como soporte ancestral de la vida, acabaron troquelando nuestras párvulas mentes para siempre y estos lugares emblemáticos que significaron para nosotros una auténtica *llamada de lo salvaje* pasaron a formar parte inseparable del ideario de muchos niños. En mi caso fue *Trifa*, en otros muchos cualquier trozo de tierra despoblado o semisalvaje en el que buscar insectos, animales, minerales, fósiles, o cualquier tesoro que la propia imaginación pudiera dibujar.

Lo cierto es que esta minúscula extensión cubierta de pino sobre la llanura de *Rostrogordo*, de apenas medio kilómetro cuadrado y localmente conocida por los melillenses con el término simplificado de “*los pinos*”, suponía para nosotros toda una puerta dimensional que dejaba atrás el aburrido y gris hormigón de la ciudad, un contacto pleno con la naturaleza salvaje que la lectura y la televisión de la época se encargaron de alimentar con fuerza. Después de todo, para un niño de siete

u ocho años los *Pinares de Rostrogordo* no distaba tanto de los bosques que mostraban los libros o la televisión y una vez que la vista no alcanzaba ya a escapar de los troncos y el verdor de las copas de los árboles, el potente olor a pino y resina hacían el resto para que la inmersión en este mundo fantástico fuera total.

Curiosamente, durante la infancia y la adolescencia nunca tuve un conocimiento preciso de aquel bosque que casi podíamos rozar con la punta de nuestros dedos durante nuestras “arriesgadas” incursiones en la zona neutra fronteriza, situada a escasos metros de la línea de trincheras de *Rostrogordo* donde solíamos jugar. El auténtico *Bosque de Trifa* siempre quedó inaccesible al otro lado de la alambrada bajo control policial marroquí y si llegué a saber algo acerca de este fascinante entorno natural fue especialmente por las hipnóticas historias que mi buen amigo *Julio César* me contaba con acentuado entusiasmo y pasión. Estas experiencias, compartidas en su mayoría a través de la narración y que versaban sobre la fauna salvaje que habitaba aquel cercano y a la vez lejano bosque, resultaban absolutamente fascinantes y suponían una fuente constante de inspiración para nosotros. El hallazgo de la piel mudada de una culebra de escalera sobre la blanca arena de *Cala Trifa*, en la que el bosque se deja acariciar por el mar, nos ensimismaba y nos llevaba a fantasear con la riqueza de la fauna salvaje que el *Bosque de Trifa*, casi sin conocer su nombre y dimensiones, podía albergar en lo más profundo de sus entrañas.

Otro buen amigo y compañero de clase por aquellos años fue *Abdesamal*. Con él también compartí aventuras durante las excursiones escolares y, cómo no, relatos fantásticos sobre aquel bosque absolutamente mítico para nosotros. *Abdesamal* no solo vivía en *Cabrerizas Alta*, una de las zonas habitadas más próximas a *Rostrogordo*, sino que además había podido disfrutar de los encantos del auténtico bosque, el que se hallaba al otro lado de la alambrada.

Creo recordar vagamente que una de sus abuelas, a la que visitaba con frecuencia, vivía en *Marruecos*, posiblemente en alguna de las aldeas cercanas al bosque como *Taourirt*, *Aït Lahcen*, *Ajelman*, *Tibuda* o incluso *Ifri n-Dounacht*, la más lejana y situada en el extremo norte de la península de *Tres Forcas*. Sus historias tenían origen en la sabiduría popular de los lugareños pero también en los adentramientos en el bosque que él mismo protagonizaba. Sus relatos hablaban de zorros, erizos, de búhos, lechuzas y halcones, de serpientes y enormes gatos salvajes de hábito noctámbulo que a veces visitaban algún corral de los poblados aledaños. Estas crónicas absolutamente vivas eran pura gasolina para la chispa de nuestra imaginación y aún recuerdo fielmente como en el trance de estos apasionantes relatos sobre las alimañas del bosque no me cabía la menor duda de que *Abdesamal* era un gran privilegiado al poder vivir aquellas aventuras en primera persona.

Pero con el inexorable paso de los años, la pinada de *Rostrogordo* se fue transformando al ritmo que marcaba la vida. Las excursiones escolares, las paellas de los domingos en familia a la sombra de los árboles con una bota de vino colgando de un retorcido tronco fueron dando paso a otros episodios no menos trepidantes que compartían el mismo entorno como testigo. La rutina de visitas a los pinares se tornó más trasnochada y el sentido y los intereses de aquéllas fueron también transformándose hacia otro orden de cosas. La pubertad daba así paso a una serie de novedades y vivencias de las que el bosque tampoco se iba a desligar.

Lamentablemente, la década de los ochenta no solo constituyó una consagrada edad de oro y revolución para la música pop española. Además de infinidad de parejas que huían del bullicio de la gente, una importante cantidad de jóvenes jugaban a la ruleta rusa en oscuros lugares apartados de las luces de la ciudad y el pinar de *Rostrogordo*, esa mínima porción del *Bosque de Trifa*, volvió a abrazar a aquellos que cada noche se asomaban al lado más salvaje de la vida cuando a veces, la realidad más atroz soltaba un gancho rozándote la mejilla o noqueándote directamente. Y no fueron pocos los que, confundidos en la intemperie de la noche o a la luz tenue del interior de un vehículo, jamás encontraron el camino de vuelta a la vida.

A esas alturas, y aunque poco quedaba ya en mí del niño aventurero y naturalista de antaño que se divertía explorando cuevas o buscando escorpiones y lagartijas bajo las rocas, el bosque aún mantenía intacta su magia primigenia y así me lo iba a demostrar. Una noche de tantas en las que subía con amigos a *los pinos*, al regresar hacia la ciudad de *Melilla* por la carretera que discurre junto a los pinares, ante mis ojos un *jerbo de Egipto* cruzó a gran velocidad a escasos metros de mi vehículo. Corriendo a saltos sobre sus patas traseras, esta criatura hija del desierto que tantas veces me había deslumbrado en los libros acabó perdiéndose en la oscuridad de la noche. ¡No podía creer lo que había visto! pero tuve la certeza de que procedía del mismísimo corazón del *Bosque de Trifa* y ese recuerdo, aparentemente tan insignificante, me ha acompañado a lo largo de toda mi vida. Lamentablemente, escenas como la relatada no serían hoy posibles pues la absoluta impermeabilidad del perímetro fronterizo dudo que permita ya el paso de animales desde la zona marroquí.

Y así mecido por el vaivén de la vida, un fresco atardecer cuando los murciélagos inician sus acrobacias ante la inolvidable belleza de un sol que languidece sobre las lomas de *Hidoun*, alcancé a comprender que, como si de un caprichoso y cruento círculo de la vida se tratase, la misma sangre que bañó enrojando estas áridas tierras cien años atrás quedaba hermanada para siempre.

- Acércame el té hermano *Hamed*, parece que la noche asoma recia.



Código de verificación: 2007104715722-4WEG8E

<https://www.safecreative.org/certificate/2007104715722-4WEG8E>

